

TRADUCCIÓN

LA COLA DE LA COMETA*

WANG MENG

PEGADOS AL LETRERO ROJO CON letras blancas en el que estaba escrito: “¡Viva la Gran República Popular China!”’, cerca del signo de admiración, con la altura de un edificio de dos pisos, se veían cucharas, cuchillos y tenedores —¡cubiertos marca “Triángulo”! y junto a ellos: un piano marca “Xianghai”, valijas “La Gran Muralla”, tejidos “Edelweis”, lápices “Pez Dorado”— que recibían el brillo de las luces mansas de las lámparas inclinadas con solicitud, a la vez que irradiaban sonrisas brillantes y materiales. Habían unos álamos delgados y decorosos junto con los cipreses afables, uno gordo y otro chiquito, con sus sombras entrelazadas, descoloridas y esbeltas que acariciaban un césped al que el viento ya le había arrebatado su juventud. Entre el césped solitario y silencioso y los lujosos anuncios comerciales, en el riguroso y cruel viento nocturno de comienzos del invierno, estaba parada ella, Fan Susu. Iba vestida con un abrigo tres cuartos de paño anaranjado, un pantalón gris de poliéster y lana, muy bien planchado, y un par de graciosos zapatos negros de medio tacón. En el cuello llevaba atado un pañuelo de seda tan blanco que parecía el plumaje del pecho de una golondrina. El pañuelo blanco hacía contraste con sus ojos y su cabello, más oscuros que la noche.

“¡Nos vemos en donde están los advenedizos!”’, le había dicho por teléfono a Jiayuan. Siempre llamaba “advenedizos” a los anuncios comerciales. Sentía a la vez cariño y envidia por estos nuevos ídolos recién surgidos. “Después de echarles unas cuantas miradas, te sientes dueña de un piano”’, le había dicho

* Para una semblanza de Wang Meng véase la nota introductoria a su cuento “Voces de primavera”, publicado por *Estudios de Asia y África*, XVIII: 1983, núm. 55, pp. 95-112.

Asimismo, véase el artículo de Wang Meng, “Un vistazo a México”, publicado por *Estudios de Asia y África*, XVIII: 1983, núm. 56, pp. 298-311.

Jiayuan. “Claro, si no dejas de decir «si no me tragas, te trago», terminas convirtiéndote en lobo”, había dicho ella.

Pasaron veinte minutos sin que Jiayuan llegara. Él siempre llegaba tarde. ¡Tonto! Tal vez le habían hecho otro chantaje. Una mañana de invierno, cuando iba en bicicleta camino a la biblioteca, al pasar por las Tumbas de los Tres Reyes vio a una anciana que gemía en la acera: alguien la había tumbado y después se escapó. Entonces, él levantó a aquella anciana pelona y le preguntó su dirección. Dejó su bicicleta en la acera, la aseguró y, sosteniendo a la anciana, la acompañó a su casa. Pero resultó que los familiares y vecinos lo rodearon y lo tomaron por el culpable. La anciana, ciega por su gran edad, animada y acosada por las preguntas de la gente que estaba a su alrededor, llegó a asegurar firmemente que él había sido el culpable. ¿Era por una confusión de la anciana? Cuando explicó todo, demostrando que él había sido el que la había ayudado, una mujer con voz aguda le gritó: “Según lo que dices, ¿acaso tú eres otro Lei Feng?”.¹ Todos se alborotaron y rieron tanto hasta saltárseles las lágrimas. Eso fue en 1975, cuando toda la nación había estudiado durante cierto tiempo a Xunzi, antiguo filósofo chino, y creía que la naturaleza humana era mala.

Él nunca llegaba a la hora citada. Siempre estaba tan ocupado que no tenía tiempo ni para limpiar las manchas y el polvo de sus anteojos. Susu nunca había estado ocupada antes de conocerlo. En su abrigo colgaba un botón que iba oscilando y que ella no tenía ganas de pegar. Esto se debía principalmente a que, a excepción de su abuela, esta ciudad la trataba con frialdad, no la acogía y la había expulsado cuando ella recién tenía dieciséis años. Decir expulsar no era muy justo. Resonaban por encima de la cabeza cañonazos de honor, y clarines de bronce los estaban llamando en la pradera. También había banderas rojas, libretas rojas, brazaletes rojos, corazón rojo, todo un mar rojo. Se trataba de construir un mundo rojo en el que novecientos millones de habitantes estarían unidos como un sólo hombre. Todos, desde los 8 hasta los 80 años, se formarían en un círculo para recitar en coro citas de Mao; para gritar al unísono: “¡A la izquierda!”, “¡A matar, a matar, a ma-

¹ Joven destacado por su disposición a ayudar a los demás.

tar!'' . Su deseo de realizar un mundo rojo como éste era mayor que el de antaño: poseer una cometa enorme con doble cascabel. No logró ver cómo era un mundo rojo, pero en cambio vio un mundo todo verde: pastos y cultivos. Ella ovacionaba a este mundo verde. Más tarde fue un mundo amarillo: hojas secas, la tierra, un invierno árido. Añoraba a su familia. Y un mundo negro. Eso fue cuando los otros jóvenes instruidos para usar palancas se habían ido uno tras otro y ella sufrió la falta de vitamina A y por cierto tiempo padeció una enfermedad de la vista.

Abandonó su sueño del mundo rojo por un mundo verde, un mundo amarillo y un mundo negro. Desde entonces, empezó a no tener apetito y a padecer del estómago. Adelgazó y estaba pálida. Además de su sueño rojo había abandonado muchos sueños de otros colores o, entre alborotos, los sueños le habían sido arrebatados o habían desaparecido sigilosamente. Sueños blancos eran aquellos de marineros y de olas, de una doctora o una obrera, de la Princesa Blanca Nieves. ¿Por qué todos los copos de nieve tenían seis puntas y sus formas eran tan variadas? ¿No sería que la naturaleza también tiene carácter de artista? Sueños azules eran aquellos del cielo, el fondo del mar, las luces de las estrellas, el acero, el campeón de esgrima y el salto del paracaidista con aterrizaje preciso, el laboratorio químico, las probetas, las lámparas de alcohol. También había sueños anaranjados. Sí, el amor. ¿Dónde estaba él? Alto, guapo, inteligente, bondadoso. Siempre sonriente... "¡Aquí estoy!" gritó ella en el muro del eco del Templo del Ciclo.

Sus padres agotaron todos sus recursos y usaron todo su ingenio, movilizando todas sus fuerzas para lograr que ella volviera a esta ciudad que generosamente le había dado tantos sueños, pues por fin su padre entendió que era inevitable que ella regresara. Para lograrlo hicieron tantos esfuerzos, pasaron tantas pruebas, que eso también fue un sueño, pero un sueño desconocido y absurdo. Ella ya no añoraba más estos sueños. Ya no añoraba el título de "pastora de hierro", ni aquella vida. Raras veces mencionaba este título, y los colores y aspectos totalmente distintos de esta vida que era un prisma giratorio con muchos ángulos.

Había regresado sin tantos colores pero con un poco más de energía. Se habían añadido muchos olores: humo de aceite, salsa de ajo, cebollín frito hasta quedar dorado, eructos que sabían a vino, vapor, pedazos de carne, de cabeza de carnero, más delgados que un papel. Trabajaba como mesera en un restaurante musulmán, aunque ella no era musulmana. Todo aquello —la oferta floral, las felicitaciones, las buenas calificaciones, los desfiles, las lágrimas de alegría, los zumbidos de los golpes de un cinturón, el memorizar con toda fluidez las instrucciones supremas de Mao, las mejores noticias, el tren, el camión, el caballo retinto y alazán, los semblantes del jefe de grupo de producción—, ¿todo aquello no era más que para llegar a servir platos de doscientos gramos de granos fritos? Una vez vio una foto suya que le habían tomado cuando estudiaba el primer año de primaria. Era el Día Nacional, en 1959. Tenía siete años, usaba dos trenzas con cintas de seda en forma de mariposa que la hacían volar. Acompañada por la maestra, voló hasta el Pabellón de Tienanmen y ofreció un ramo de flores al Presidente Mao, quien le estrechó la mano. Ella era tan chiquita que nunca había estrechado la mano de otros. Las manos del Presidente Mao eran muy grandes, calientes y enérgicas. Tal vez el Presidente Mao le había dicho algo, pero ella no lo había oído bien. Más tarde recordó que a lo mejor había dicho: “Mi nena”. ¡Qué feliz era ella! Era la nena del Presidente Mao, siempre sería una muchacha afortunada.

Pero más tarde no pudo reconocer esta foto. ¿Era real esta foto? No podía reconocerse a sí misma. Incluso en 1975, al regresar a la ciudad, tampoco podía reconocer al Presidente Mao. Antes, ¡qué erguido estaba el Presidente Mao y qué enérgicos eran sus movimientos! Ahora, en los noticieros, veía que él movía los pies con dificultad y cuando abría la boca tardaba mucho en cerrarla. Pero en los periódicos y en la radio todos los días anunciaban las instrucciones más recientes del Presidente Mao que ella creía entender. Eso realmente le dolía. Tenía un gran deseo de visitar al Presidente Mao y cocinarle un tazón de sopa de camote. Cuando la abuela estaba enferma, era ella quien con pedazos de camote blanco, resbaladizo y fino, le cocinaba una sopa dulce, picante y aromática, que era

muy buena para que los ancianos se recuperaran. No, no debería contar sus problemas y penas al Presidente Mao, no debería molestarlo. Si se le salieran las lágrimas ante el Presidente Mao, debería voltear la cara.

Sin embargo, eso era imposible. Ya no era nada afortunada. ¿Acaso se le había agotado de una vez toda su fortuna? ¿Por qué había regresado a la ciudad? ¿Por la mamá? ¡Ridículo! ¿Por la abuela? ¡Imposible! ¿En los periódicos no se decía acaso que todo lo hacíamos por el Presidente Mao? Pero no tenía la oportunidad de verlo. Susu ya no soñaba. Sin embargo, aunque no soñaba, no dejaba de delirar, apretar los dientes, voltearse y suspirar hondamente. “Susu, ¡despiértate!”, la mamá la llamó, y ella se despertó perpleja sin recordar sus sueños; sólo sintió que le corría por el cuerpo un sudor frío y una gran flojera, como si acabara de ser trasladada de una habitación para enfermos contagiosos.

Aquél día ella estaba en la acera y vio al tonto de Jiayuan. Vio cómo la anciana que él había ayudado hizo que pagara los platos rotos, y presencié la escena en la cual lo rodeaban y atacaban. Jiayuan no era alto y tenía una apariencia poco distinguida, pero en su cara se dibujaban toda clase de sonrisas apacibles que a Susu le parecían conocidas y familiares. Más tarde vino un policía de la Seguridad Pública, más inteligente que el rey Salomón, que le dijo: “Busca dos testigos para demostrar que no fuiste tú el culpable”. ¿Puedes encontrar a dos personas que atestigüen que no eres un espía de la KGB? De otra manera será fusilado, pensó Susu. Pero en realidad no dijo nada. Era una de los tantos curiosos que iban camino a su turno de trabajo. No había que pagar para ver estos espectáculos que eran más interesantes que las funciones en los teatros y en las pantallas. En los teatros, no se decía más que “tocar con heroísmo el cielo”, “llegar hasta el noveno cielo”, “vencer al cielo”, “alcanzar el cielo”: a excepción de no dejar en paz al cielo, no había otras palabras nuevas.

“¿Qué es lo que quieren ustedes?” La sonrisa apacible y familiar se convirtió en unos ojos bien abiertos y llenos de dolor. A Susu le pareció que se le había clavado una espina

en el corazón. Tenía ganas de vomitar y, tambaleándose, se fue. Ojalá que el rey Salomón no la persiguiera.

Casualmente por la tarde aquel joven tonto fue a su restaurante a comer granos fritos. Otra vez sonrisas. Sólo pidió ciento cincuenta gramos. “¿Son suficientes para usted?”. Sin reflexionar, Susu había roto con su costumbre de no cruzar palabra con los clientes. “Ah, por el momento sólo quiero eso”, dijo el joven tonto, excusándose. Torció el índice derecho y empujó hacia arriba los lentes, que en realidad no estaban por deslizarse hasta la punta de la nariz. “Si usted no tiene suficientes cupones o dinero —quien sabe por qué Susu expresó su pensamiento— no importa, pida lo suficiente y mañana pagará lo que debe”. “¿Eso no está en contra de los reglamentos?”. “Yo pago por usted. Eso no tiene nada que ver con los reglamentos”. “Le agradezco. Entonces voy a pedir más, pues al mediodía no comí lo suficiente”. “¿Quiere ochocientos gramos?”. “No, cuatrocientos”. “Bueno”. Ella le sirvió doscientos más. El cocinero pensó que ese cliente era un conocido de Susu y, al llenar el plato, añadió una cucharada de pedacitos de carne de carnero. Cada grano había sido frito en aceite y brillaba como una pepita de oro. El brillo de los granos de oro se reflejó en la cara y la sonrisa del joven se volvió aún más agradable. Por primera vez, Susu comprendió que los granos fritos eran un tesoro magnífico, con una potencia incomparable. “Dijeron que yo había derribado a alguien con mi bicicleta, y me pidieron entregar todo mi dinero y mis cupones”. “Pero no fue usted, ¿no?”. “Claro que no”. “Entonces, ¿por qué les dio el dinero? No debía haberles dado ni un centavo. ¡Qué indignación!” “Pero aquella anciana necesitaba cupones y dinero; además no tengo tiempo para indignarme”. Un cliente llamó. “Ya voy”, contestó Susu en voz alta, y con un trapo en la mano se dirigió a donde la llamaban.

Por la tarde, al regresar a casa, quiso hablar con la abuela, que se estaba quejando de dolores en el corazón. Los padres no podían decidir si la llevaban enseguida al hospital o no. “En la sala de emergencia de ese hospital hay un olor pestilente. El que puede estar acostado en el pasillo durante cinco horas sin fallecer debe tener unos intestinos de hierro”, dijo Susu.

El padre le echó una mirada de furia con la que le reprochaba no tener ninguna compasión con su abuela. Susu se dio media vuelta y regresó a la cabaña improvisada que le servía de habitación.

Por la noche, Susu tuvo un sueño. Era un sueño que había tenido con frecuencia años atrás: hacer volar una cometa; pero cada vez que lo había tenido las circunstancias habían sido diferentes. Desde 1966 ya habían transcurrido diez años sin un sueño como éste. Y desde 1970, seis años en que no soñaba con nada. En el lecho del río, seco por mucho tiempo, volvió a correr el agua. En una carretera obstruida por mucho tiempo, los vehículos volvieron a circular. El sueño abandonado por mucho tiempo volvió a aparecer. No se trataba de un prado ni de un campo de deportes: montada sobre un caballo hacía volar la cometa. El cielo era muy amplio y la tierra muy ancha. “El campo es un espacio vasto”, recitaban a coro los niños. Pero la persona que hacía volar la cometa no era ella, sino el joven que había comido cuatrocientos gramos de granos fritos. La cometa era muy simple, tan simple que a uno le daban ganas de llorar. Era rectangular. Se le llamaba vulgarmente “Tapanalgas”. Pero al fin al cabo, la cometa se remontó hacia el cielo, más alto que el nuevo edificio del restaurante “Viento del Este”, más alto que los pinos en las cumbres del monte Daqing, más alto que las águilas que volaban por encima de la pradera, más alto que aquellos globos de los que colgaban las consignas: “Viva la Gran Revolución Cultural Proletaria!”. Volando, volando, pasaba una tras otra, montañas; uno tras otro, ríos; una tras otra, filas de pinos; una tras otra, columnas de guardias rojos; una tras otra, manadas de caballos; uno tras otro, platos de granos fritos. ¡Qué divertido! Ella, siguiendo a “Tapanalgas”, también se echó a volar y terminó convertida en la cola larga de la cometa.

Se despertó del sueño y todavía era de noche. Prendió su linterna de pilas para buscar aquella foto suya que la hacía más feliz. En el Décimo Aniversario de la República había ofrecido flores al Presidente Mao y creyó que era una muchacha afortunada. Canturreando “los comuneros somos flores de girasol”, pegó aquel botón del abrigo que desde hacía mucho tiempo

estaba por caerse. Automáticamente, le deseó muy buena salud al Presidente Mao y cocinó una sopa de camote para la abuela. Esta sopa era realmente mágica y eficaz. La abuela, al tomarla, se sintió mucho mejor. En este momento ya había clareado bastante. Los familiares y los vecinos ya se habían levantado. Entonces se lavó los dientes y enjuagó su boca a sus anchas. Hacía tanto ruido que parecía que un tren había entrado en el patio, y los chapoteos al lavarse la cara parecían los del Príncipe Nezha cuando alborotó el mar. Comió un pedazo de pan viejo y un pedazo de col salada, y bebió un tazón de agua. Sólo ante la duda de si el artículo de Deng Tuo, "El agua es la mejor bebida", significaba un ataque a las Tres Banderas Rojas, ella se salió del "Tapanalgas" y volvió al mundo real. Sin embargo, se ató bien las agujetas, y al caminar, los zapatos sonaban "clac; clac", como si hubiera una herradura en cada tacón, como si alguien estuviera introduciendo una cuña en la madera para fabricar un armario con cinco cajones, al estilo checo.

"Susú, ¿por qué estás tan contenta?", le preguntó el padre.

"Voy a ser jefa de la sección", dijo Susú, y el padre se puso contentísimo. Cuando Susú se convirtió en jefa de grupo, a los seis años, en el jardín de niños, el padre estaba tan contento que no dejaba de mencionarlo a cualquier persona que encontraba. Cuando Susú se hizo jefa de brigada de pioneros, a los nueve años, el padre también se mostró contentísimo...; en ese momento sonó el silbido del tren y el padre se puso a llorar, con una cara fea por lo deformada. Los muchachos en los vagones también lloraron. Pero Susú no derramó ni una sola lágrima; al parecer, quería sinceramente templarse y ya era más fuerte que su padre.

"Hola, ¿qué tal?". "¿Cómo está?". "¿Qué se le ofrece hoy?". "Le pago primero la deuda. Aquí tiene los cupones y 28 centavos". "Usted tiene las cuentas tan claras como «un platillo de cebollín con queso de soya»". "No, no quiero queso de soya; tráigame otros doscientos gramos de granos fritos". "¿No quiere variar el menú? Tenemos raviolos; con un cupón de 15 centavos le daré 7 raviolos; con un cupón y 18 centavos le daré 2 empanadas; con 4 cupones y 30 centavos le daré una

torta tostada con salsa de ajonjolí y un tazón de sopa de queso de soya”. “Tomaré lo más rápido”. “Ahorita le sirvo, allá me están llamando. Le traeré empanadas. ¿Hoy también quiere trescientos gramos? Aquí están las empanadas. ¿Por qué está usted tan ocupado? ¿Es usted estudiante?”. “¿Tengo aspecto de eso?”. “¿Es usted técnico, organillero o un jefe recién ingresado al grupo directivo?”. “¿Tengo aspecto de eso?”. “¿Entonces...?”. “Aún no tengo empleo”. “Espere, allá viene otro cliente... Sin empleo, y ¿cómo es que está tan ocupado?”. “Los que no tenemos empleo también somos seres humanos: tenemos nuestra vida y nuestra juventud y un montón de cosas interminables”. “¿En qué está ocupado?”. “En leer libros”. “¿Qué libros lee?”. “Libros de optimización, de paleontología y de idiomas”. “¿Presentará el examen de admisión a la universidad?”. “¿Es posible ahora ingresar a la universidad mediante un examen? Yo no sé entregar un papel en blanco como examen”. “¡Qué lástima! Creo que no valen las experiencias de Zhang Tiesheng, que ingresó a la universidad con un papel en blanco como examen”. “Siempre vale la pena estudiar algo, algo interesante. Aún somos jóvenes, ¿no es así?”; terminó de comer las empanadas y se fue apresuradamente, dejando tras de sí muchas dudas.

Llego puntualmente a la misma hora. Esta vez pidió un tazón de sopa de queso de soya. En la sopa de queso de soya de color blanco-grisáceo flotaban florecitas de puerro verdes, salsa de ajonjolí marrón y chile rojo vivo. ¿Por qué los chinos y los extranjeros, sin excepción, conocemos al Emperador Qin Shihuan, y nadie conoce el nombre del ingenioso científico que inventó el queso de soya? “Usted me ha engañado”. “No”. “Me ha dicho que no trabaja”. “Es verdad. Hace sólo tres meses que regresé del Nordeste, debido a dificultades en la familia. Pero el mes que viene voy a trabajar”. “¿En qué organismo de estudios científicos?” “En la Estación de Servicios de la Población; seré aprendiz de compostura de paraguas”. “¡Qué mala suerte!” “No. ¿Usted tiene un paraguas roto? Se lo arreglaré”. “¿Pero su optimización, su paleontología y sus idiomas...?” “Seguiré estudiándolos”. “¿Con la optimización arreglará paraguas y con el esqueleto de un diplodoco

fabricará paraguas?” “Oh, todo será útil para arreglar paraguas. Pero el problema no consiste en eso. Escúchame... Otro tazón de sopa de queso de soya, esta vez sin tanto chile. Mire, ya tengo la frente cubierta de sudor. Gracias... Bueno, un empleo es una manera de sobrevivir y también un deber básico. Pero uno debe ir más allá del empleo. Un empleo no lo es todo y tampoco es eterno. Uno debe ser dueño del mundo, dueño del empleo y, antes que nada, debe poseer conocimientos. Si usted arregla paraguas y yo también, si usted gana 18 yuanes y yo también, pero si usted entiende de diplodocos y yo no, usted será más fuerte que yo, usted será mejor y más rica que yo. ¿No es así?”. “No entiendo”. “Sí, entiende, ya entiende, si no, ¿por qué habla usted conmigo?”. “Aquel cliente de Shandong está enojado porque en su plato de cacahuates cocidos encontró un pedacito de piedra que le ha lastimado la encía. ¡Adiós!”. “¡Adiós!”. “¡Hasta mañana!”.

“Mañana”..., esta palabra hizo ruborizarse a Susu. “Mañana” era como la cola de la cometa “Tapanalgas”, simple, modesta, pero libre y flotante, parecida a un bambú, una nube, un sueño, un ballet, la armonía en una melodía en sol, hojas otoñales y pétalos de flores en primavera. Sin embargo, no era más que una cometa “Tapanalgas”, que hasta un niño sumamente pobre, sin pantalones, era capaz de tener.

“Mañana” él no llegó; pasado “mañana” tampoco. Buscando un potrillo, Susu se perdió en el bosque de la montaña, gritando “Oh..., ah...”, como si fuera una yegua triste, como si a ella le hubieran quitado su credencial de residencia, su carnet de abastecimiento de cereales y su tarjeta de compras.

“¿Es usted? ¿Cómo se acordó de volver?” “Se murió mi abuela”. Susu creyó que se hundía en una cueva de hielo; se apoyó en la pared y tardó mucho en comprender que era a este tontito a quien se le había muerto su abuela y no a ella. Pero estaba igualmente triste y sintió frío en todo el cuerpo. “La vida es corta, por eso el tiempo es lo más valioso”. “Pero dedico mi tiempo más precioso a servir platillos”, sonrió melancólicamente, como si hubiera escuchado a lo lejos el trote de aquel potrillo. “Le agradezco que haya servido platillos a tanta gente. Pero no se limite sólo a servir platillos”. “¿Y qué

más? Ni siquiera es imprescindible que yo sirva aquí. Para poder hacerlo, mis padres no escatimaron esfuerzos”. “Igual pasa conmigo”. Se produjo una sonrisa de comprensión mutua. “Le propongo que aprenda un poco de árabe, pues este restaurante sirve a musulmanes”. “¿Y qué tiene que ver con que sea un restaurante para musulmanes?. Al fin y al cabo, el embajador de Egipto no vendrá aquí a comer granos fritos”. “Pero es posible que usted sea embajadora en Egipto. ¿No lo ha pensado?”. “¡Qué bromista es usted!”. El potrillo había entrado en el restaurante musulmán y le había pisado el pie hasta lastimarla. “¡Es realmente un sueño!”. “No es malo soñar y bromear. De otra manera, la vida sería demasiado deprimente. Pero usted debe tener la convicción de que puede llegar a alcanzar la misma inteligencia, integridad y capacidad de una embajadora, e incluso, superarla. Puede ser que usted no llegue a ser una embajadora, pero debe ser mejor que una embajadora. La clave está en estudiar”. “Sus palabras me suenan algo arribistas”. “No, eso sólo es lo básico de un *adam*”. “¿Qué?”. “*Adam*”. “¿Qué *adam*?”. “Es la primera palabra árabe que le enseño, *adam*... ser humano. Esta es la palabra más bella. Adán del Edén es otra traducción fonética de *adam*. Y Eva, se pronuncia Hava y quiere decir cielo. El ser humano necesita el cielo, y el cielo también necesita al ser humano”. “Por eso desde niños remontamos cometas”. “Vaya, usted es una discípula excelente”.

Lección primera: ser humano. Adán necesita a Eva y Eva necesita a Adán. El ser humano necesita al cielo y el cielo necesita al ser humano. Necesitamos cometas, globos, aviones, cohetes y naves espaciales. Así empezó el aprendizaje de árabe. Esto provocó la intranquilidad de mucha gente de su alrededor. “Tú debes contentarte con servir platillos. Debes preocuparte de no dar el mal ejemplo. ¿No tendrá él relaciones con extranjeros? Así como hay movimiento de «Limpieza de los Cuatro Terrenos»,² ¿por qué no puede haber un movimiento de «Limpieza de los tres extraños»: personas extrañas, asuntos extraños y fenómenos extraños? Integremos un grupo de in-

² Campaña de rectificación en el terreno de la política, ideología, organización y economía, lanzada en 1964.

vestigación para tu caso especial”. “Yo no he roto ni un plato. No pretendo ser jefe de sección. Sólo sé Mohammed, Sadat y Arafat. Y doy la bienvenida para que sea usted jefe del grupo de investigación de mi caso especial”.

Por entonces, ella y Jiayuan se enamoraron. El chisme llegó inmediatamente a los oídos del padre, como si existieran por todas partes cámaras de fotografía secretas y grabadoras para espiar muchachas. “Cuál es su nombre, su nombre original, nombres que ha usado, origen de la familia, origen personal, estado económico de antes y después de la Reforma Agraria, su historia desde el tercer mes hasta ahora, sus antecedentes, los miembros de su familia, entre sus parientes principales hay alguien que haya sido terrateniente, campesino rico, elemento contrarrevolucionario, elemento nocivo o derechista, a quien le hayan hecho una revisión política, cuándo fue rehabilitado, cómo se comportó en los movimientos políticos pasados, su ingreso y su gasto, y el de los principales miembros de la familia, sus cuentas y sus ahorros en el banco...”. Susu no pudo responder a tantas preguntas. La madre se asustó tanto que no pudo contener las lágrimas. “Sólo tienes 24 años y 7 meses. Te faltan cinco meses para que sea correcto buscar novio. Hay malvados. Por todas partes hay elementos nocivos”. El papá decidió investigar en el organismo de población del barrio donde vivía el joven, en la entidad en donde trabajaba, en la oficina de Seguridad Pública de su zona, en el departamento de personal y en el departamento de archivos. Por eso, el padre decidió ofrecer un banquete con comida mongola para movilizar a todos sus conocidos que tenían que ver con el asunto. “Pum, bang”, una tetera de cerámica de Yixing, la favorita del padre, fue arrojada por Susu al suelo y se rompió. “De esta manera, usted podrá encontrar a un reaccionario y no a un novio”. Susu gritó, portándose como una “muchacha de hierro”. Pero luego se puso a llorar.

En el restaurante, el gerente, los comisarios, los cuadros, el jefe de grupo, el instructor político, todos le hicieron preguntas al estilo de las del padre y le dieron consejos al estilo de los de la madre. “El amor proletario nace de la comunidad de creencias, los puntos de vista y la ideología, y se necesita

una comprensión mutua durante largo tiempo. En este problema debes ser seria, prudente y consciente, mantener la vigilancia, estar alerta para evitar encontrar un posible enemigo. Debes elegir a un novio según «las cinco condiciones» dignas de un heredero de la causa proletaria revolucionaria”. Pero ella no podía tirar al suelo teteras en el restaurante, pues desde niña le habían enseñado a valorar los bienes públicos.

El Presidente Mao falleció. Susu, temblando, lloró hasta desmayarse. Hacía tiempo que quería llorar, llorar por el Presidente Mao, por sí misma y por los demás. “China se acabará”, dijo el padre. Pero la que se acabó fue la “Banda de los Cuatro”. Sólo en el momento de despedir los restos, Susu pudo acercarse por segunda vez al Presidente Mao. “Vengo a ofrecerle flores”, dijo suavemente.

Ella sabía que todo estaba cambiando. Podía aprender a sus anchas el árabe, aunque los que pasaban noches enteras jugando a las cartas tal vez serían más fácilmente admitidos en el Partido y ascendidos. Ya podía caminar tomada de la mano de Jiayuan, aunque había quienes se enfurecían hasta perder los estribos al ver caminar juntos a una pareja de jóvenes. Pero no podían encontrar un lugar donde platicar. Las bancas de los parques estaban todas ocupadas. A duras penas descubrieron una, pero vieron que en el suelo, frente a ella, alguien había vomitado. Decidieron entonces ir a otro parque, más amplio y abierto. En cada poste, al lado de las bancas, había un altavoz. “Ahora transmitiremos información para los visitantes”. La información consistía en: “una multa desde 50 centavos hasta 15 yuanes”, “...lo entregaremos a la Seguridad Pública”, “... que lo cumplan concienzudamente”, “... que obedezcan a la administración”, etc. Las informaciones eran sumamente complicadas y, al parecer, sin un entrenamiento previo de una semana era imposible visitar el parque. “¿Es posible platicar de amor en un lugar como éste? ¡Vámonos!”

¿Adónde? Al río que rodea la ciudad, donde no hay altavoces, pero el lugar está demasiado apartado. Se decía que una vez, mientras una pareja estaba platicando de amor, “¡No se muevan!”, un hombre enmascarado apareció bruscamente ante ellos, con un puñal en la mano, acompañado de un ayudante.

Les quitaron los relojes y el dinero que llevaban. Ante la violencia, el amor siempre es impotente. Tiempo después, Seguridad Pública logró solucionar el caso y detener al criminal. ¿Por qué hay quienes no quieren a la Seguridad Pública? Es indispensable en la Seguridad Pública.

Si vas a un restaurante, primero tienes que esperar detrás de alguien viéndolo cómo, cucharada tras cucharada, palillo tras palillo, toma su sopa y come sus platillos, y al terminar, cómo fuma y bosteza. Luego, cuando a duras penas logras sentarte y empiezas a comer, un nuevo candidato, para evitar que le ganen la silla donde tú estás, pone un pie sobre el travesaño. Cuando mueve el pie, los trozos de carne y los pedazos de moleja bailan en tu garganta. Los cafés y los bares no existen, porque son lugares inmorales. Finalmente optas por caminar por avenidas y callejuelas, con el consuelo de que en los Estados Unidos se alienta a la gente a pasear para no engordar. El problema es que en invierno hace demasiado frío. Ellos habían paseado en días fríos con una temperatura de 20 grados bajo cero. Con un abrigo de algodón o una capa forrada, con un gorro o una bufanda de lana, con una mascarilla en el rostro, se estaba bien y se evitaba el contagio. Pero niños traviesos que jugaban en los callejones, al ver la pareja de enamorados no dejaban de alborotar, decir groserías y arrojar piedras. ¡Quién sabe cómo habían llegado al mundo!

Jiayuan siempre se mostraba contento, ya fuera junto a una barda, debajo de un plátano, a la orilla de un río... No bien se sentaba cerca de Susu comenzaba a platicar con ella en árabe o inglés. Susu siempre se mostraba exigente, descontenta e insatisfecha. No, no, no. No quería ninguna sustitución, como aquel cliente de Shandong que no podía aceptar una piedrecita en los cacahuates cocidos. Buscando y buscando, casi pasaban el fin de semana tras un lugar donde sentarse. Buscando y buscando llegaba la noche. ¡Ay, nuestro cielo y nuestra tierra tan anchos, nuestro enorme vacío tridimensional! ¿En qué rincón van a enamorarse, abrazarse y besarse nuestros jóvenes? Sólo necesitan un lugar muy, pero muy pequeño. En el mundo caben tantos héroes intrépidos, insurgentes que estremecen el cielo y la tierra; caben los gusanos malévolos e idiotas que han

dañado a la humanidad; caben campos de batalla, explosiones, plazas, sitios de reunión, lugares de ejecución... y no puede caber el amor apasionado de Susu, con su metro sesenta y sus 48 kilos, y Jiayuan, con casi un metro setenta y 54 kilos.

Susu se frotó los ojos pues le picaban ¿Había tocado chile con las manos? ¿Los ojos le picaban antes o después de frotarlo con los dedos? ¿Tendremos un lugar donde estar esta noche? Aunque hacía frío aún no usaban mascarillas. Jiayuan había dicho que iría a la administración de viviendas. Cuando tuvieran una vivienda se casarían y no pasearían por los callejones. “Dígame, camarada, ¿puede decirme donde está la calle Dashijie?”, preguntó un hombre con acento local y un bulto a la espalda que lo obligaba a caminar agachado. Iba vestido con un abrigo nuevo pero manchado de polvo. En realidad, aquel hombre era mucho mayor que Susu.

“¿La calle Dashijie? ¡Ésta es la calle Dashijie!”, dijo Susu indicando la esquina donde brillaban los semáforos rojos y verdes. Allí pasaban camiones y trolebuses, y bicicletas semejantes a oleadas, ora deteniéndose, ora avanzando.

“¿Aquí ya es la calle Dashijie?”, el hombre adulto, con la espalda inclinada por el peso, levantó la cabeza mostrando sus pupilas oscurísimas. Susu sintió también el entumecimiento del cuello. En las pupilas oscuras se observaba una franca desconfianza. Susu indicó repetidas veces: “Sí, ésta es la calle Dashijie”. Hubiera querido poner en las manos de este sencillo pero desconfiado hombre los Grandes Almacenes Centrales y el Restaurante “Pato Laqueado”. Él, vacilante, dio unos pasos y cruzó la calle sin utilizar el paso de peatones marcado con pintura blanca. El policía de uniforme blanco llamó su atención por medio de un altavoz. Aturdido por los gritos, el hombre se paró en seco en el centro de la calle, en medio del torbellino de coches. Torció el cuello para preguntar al policía: “Camarada, ¿dónde está la calle Dashijie?”

“Susu”. Allí estaba Jiayuan, todo sudado, con el cabello desordenado y jadeante. “¿Has surgido de la tierra? Te he esperado mucho tiempo sin verte y de súbito apareces”. “Poseo el secreto de ser invisible. Estaba persiguiéndote”. “¿Si todos tuviéramos este secreto, qué bueno sería!”. “¿Cómo?”. “Bai-

laríamos en el parque sin ser vistos por nadie”. “No grites, te están mirando”. “Hay quienes creen que es infame bailar, sin saber que ellos mismos son monstruos feos”. “Tus palabras son cada vez más amargas. Antes no eras así”. “Ha sido el viento otoñal que ha afilado mis palabras. No encontramos dónde refugiarnos del viento.

A Jiayuan se le velaron los ojos y ella inclinó la cabeza. En sus lentes se reflejaban múltiples luces de lámparas, ventanas y casas. “¿Aún no hay nada?”. “No, la administración de viviendas no nos la da. Dicen que hay muchos que hace tiempo se casaron, ya tienen hijos y siguen sin vivienda”. “Entonces, ¿dónde se casaron? ¿En un parque? ¿En la cocina de granos fritos? ¿En un garito de tránsito? Allí no está mal. Con vidrios en los cuatro lados. ¿O en una jaula con barrotes de hierro del zoológico? Así podrán aumentar el precio del boleto de entrada”. “No te agites. Tú...”. Con el índice derecho empujó arriba los lentes, aunque no parecían estar a punto de resbalar. “Lo que dices es correcto, pero las viviendas no caerán del cielo. Hay muchos que necesitan viviendas. Realmente hay muchos que necesitan viviendas. Realmente hay quienes tienen más problemas que nosotros”.

Susu calló. Inclinó la cabeza. Con la punta del pie apartó una piedra invisible.

“¿Y cómo estás? ¿Has comido? Yo aún no he cenado”. Jiayuan cambió de tema. “¿Qué? Sólo recuerdo haber servido la cena a muchos, pero no si he cenado”. “Entonces, tampoco has cenado. Vamos a aquel restaurante de *wanton*. Tú te pondrás en la cola y yo apartaré asientos. O yo apartaré asientos y tú te formarás”. “De cualquier manera que lo digas, resulta lo mismo. Tus palabras suenan casi igual que las de ciertos informes en las reuniones”.

El restaurante de *wanton* estaba tan repleto de clientes que daba la impresión de que allí servían la comida gratis o, más bien, que por comer cada tazón de *wanton* les pagaban 20 centavos. “Creo que no vamos a comer *wanton* y que sólo compraremos algunas tortas. Pero para comprarlas también tenemos que hacer cola. Creo que es mejor no hacer cola y comprar los panes con frutas cristalizadas en la tienda de enfrente”. Pero

cuando llegaron el dependiente ya había vendido los dos últimos panes con frutas cristalizadas a un viejecito que llevaba un abrigo forrado de piel de mapache, al estilo de comienzos de la dinastía Qing. “Tal vez podamos comer pan, tal vez no..., ¿qué podemos hacer?”.

“Tal vez no deberíamos haber nacido, ¡y qué bueno sería!” , dijo fríamente Susu. “Si no se hubiera atacado erróneamente la nueva teoría demográfica de Ma Yingchu, no hubiéramos llegado a este mundo”. “¿Por qué te quejas tanto? Nosotros nacimos antes de la teoría demográfica”. “Ya no hay pan”. “Bueno, dénos dos paquetes de galletas”. “Ya tenemos galletas. Tú y yo vendemos comida y arreglamos paraguas. Estudiamos. Hacemos el bien, ayudamos a los demás. No somos demasiados los buenos. Aún escasean los buenos”. “¿Para qué? ¿Para dar siete yuanes y todos tus cupones de cereal a los que te han chantajeado?”. “Aunque me chantajearan por 700 yuanes ayudaría a la anciana herida a levantarse... ¿Acaso tú no eres así, Susu?”. Empezó a tronar y relampaguear. Las líneas eléctricas y las luces de las lámparas comenzaron a temblar. De súbito, Jiayuan gritó: “Prueba mi paquete”. “Son iguales”. “No, las galletas de mi paquete son sumamente sabrosas”. “¿Cómo es posible?”. “¿Por qué no? Si no hay ni siquiera dos gotas de agua iguales”. “Entonces prueba las mías”. “Y prueba las mías”. “Después de probar yo las tuyas, probarás las mías”. Intercambiaron las galletas y las compartieron. Al terminar de comerlas, Susu rió. Los hambrientos están de peor humor que los que no tienen hambre.

El tiempo cambió de súbito. Las líneas eléctricas zumbaban. Los anuncios comerciales se sacudían. Las luces de los faroles de la calle se volvieron opacas. Chillaba el viento en los oídos. Era un viento fuerte y frío que empujaba a los peatones. De repente, la calle se vio mucho más amplia y vacía. El policía se había refugiado en la garita que Susu había imaginado como una alcoba nupcial.

“Vamos a refugiarnos”. La lluvia, fría como la nieve, y la nieve que parecía lluvia, golpeaban ásperamente a la gente. La lluvia y la nieve se entremezclaban. Se tomaron con fuerza de la mano. No se oían mutuamente. Frente a la naturaleza,

como ante la humanidad, se encontraban indefensos. Sin embargo, tenían las manos calientitas. Su riqueza y su fuerza era ese calor que no se extinguiría.

“¡Vámonos a buscar un lugar!”, dijeron confusamente, masticando arena, lluvia y nieve. Se echaron a correr sin saber si era Jiayuan quien arrastraba a Susu, o Susu quien arrastraba a Jiayuan, o si se trataba del viento que los arrastraba a ambos. Simplemente, había una fuerza que los arrastraba. Llegaron a un edificio de viviendas de catorce pisos, recién construido. Hacía tiempo que se habían enamorado de estos edificios altos recién nacidos. Pero estos edificios eran como los desconocidos, de los que siempre se desconfía y contra los cuales se abrigan resentimientos, como había sucedido con la anciana derribada y con el viejecito del abrigo forrado de piel de mapache. El viejecito, mientras compraba sus panes, ¡qué miradas les había echado! Parecía como si esperara que en cualquier momento ellos sacaran sus puñales. Hacía tiempo que corrían rumores adversos a estos edificios de muchos pisos. Decían que los del décimo cuarto piso no podrían llevar hasta arriba su armario y, por lo tanto, tendrían que izarlo por afuera desde la ventana, y que, ¡oh, absurdo! la cuerda se rompería y el armario caería al suelo y se haría añicos. ¡Nueva leyenda al estilo de las “mil y una noches”! Susu y su novio no pensaban así. Cuando llegaban ante estos edificios se sentían un poco avergonzados, pues lo que padecían era un amor no correspondido.

El viento y la nieve les dieron valor y entraron intrépidamente al edificio. Subieron una tras otra las escaleras. Todo estaba muy sucio y no había lámparas en los pasillos. Sin embargo, las luces de los faroles de la calle daban suficiente claridad. Subieron muchas escaleras, pero todavía no llegaban al piso más alto. Siguieron subiendo. Ahí estaba el pasillo del décimo cuarto piso. Tal vez en este piso aún no vivía nadie. Olía a polvo de cemento y a pintura fresca. Allí no había viento, ni lluvia, ni nieve, ni altavoces que transmitían información a los visitantes, ni hombres con mascarilla, ni peatones, ni clientes impacientes sacudiendo el pie a la espera de heredar un asiento. Allí no había padres que despreciaban a un obrero que arreglaba paraguas y a una mesera. Tampoco había niños traviesos

que, al ver a una pareja de jóvenes, alborotaban, los insultaban con palabras groseras e incluso les arrojaban piedras. Desde allí podían divisar las luces del edificio de veinticinco pisos donde se encontraba el restaurante “Viento del Este” y oír el tañido agradable de las campanas de la estación ferroviaria. Desde allí podrían divisar el reloj eléctrico de la aduana. A sus pies se observaban bombillas verdiazuladas, lámparas anaranjadas, luces blancas y plateadas; líneas del trolebús que despedían chispas brillantes, faros delanteros de coches y luces rojas de freno. Suspiraron profundamente, como si hubieran subido al paraíso. “¿Estás cansado?”. “Nada de cansancio”. “Hemos subido al décimo cuarto piso”. “Aun podría subir hasta el vigésimo cuarto piso”. “Y yo también”. “Qué estúpido, aquel hombre”. “¿Quién?”. “Aquel campesino que estaba en la calle Dashijie y preguntaba dónde estaba la calle Dashijie. Se lo dijiste y aún dudaba”.

Empezaron a conservar en árabe, en voz baja, mientras sus corazones palpitaban fuerte e irregularmente. Jiayuan se estaba preparando para el examen de admisión de posgrado y animó a Susu, quien aún no estaba muy convencida. “No tenemos la seguridad de salir exitosos, pero tenemos que esforzarnos”. Jiayuan tomó de la mano a Susu, y la sintió tierna y fuerte. Susu se apoyó en el hombro de Jiayuan, un hombro común y corriente, pero firme. El cabello de Susu era como una lluvia negra y tibia. Las luces brillaban, temblaban y giraban, formando una y otra línea de versos. Una antigua canción popular alemana decía: “Hay una flor que se llama nomeolvides, flores azules...”. Un canción folclórica de Shuide, al norte de la provincia Shansí, decía: “Quisiera decirte algo, pero temo que se rían de mí...”. Flores azules volaban por el cielo y las olas del mar los cubrían. ¿Por qué temía que se rieran de ella? La juventud era más cálida que el fuego, era arrullos de palomas, era flores, era ojos con lágrimas de Susu y Jiayuan. ¡Bum!

“¿Quiénes son Uds.?”, preguntó una voz potente. Jiayuan y Susu se dieron cuenta de que a ambos lados del pasillo había gente con cosas en las manos. El ser humano es un animal capaz de usar utensilios: rodillos, palas, azadones... Creían que había estallado una rebelión primitiva de ciudadanos.

Entonces empezó el interrogatorio riguroso lleno de hostilidad. ¿Quiénes son ustedes? ¿A qué se dedican? ¿A quién buscan? ¿No buscan a nadie, y sólo para refugiarse del viento se han metido aquí? ¡Absurdo! Ustedes dos escondidos aquí, y abrazados, no están haciendo nada bueno. Los jóvenes de ahora están perdidos. China se acabará en sus manos. ¿Tienen credencial de residencia, de trabajo o una carta de presentación? ¿Por qué no se quedan en casa con sus padres, con sus dirigentes y con las masas populares? Ustedes no pueden irse. No crean que puedan hacer todo a su antojo. A ver, ¿qué puerta han abierto? Éste es un lugar público. Un lugar público, sí, pero no es para ustedes, sino para nosotros. ¿Han entrado así nomás? ¿Por qué tan así nomás? Realmente son unos sinvergüenzas, unos canallas, unos descarados... ¿Ultraje? ¿Qué es ultraje? Antaño a nosotros llegaron a cortarnos el pelo a la mitad de la cabeza. También nos dieron bofetadas y nos pusieron los brazos atrás en posición de "avión". ¿Aún no se mueven? Entonces actuaremos sin miramientos, traigan cuerdas...

Susu y Jiayuan estaban muy tranquilos, pues un segundo antes habían sido muy felices. Aunque los dos sabían varias lenguas, claro que muy poco, no entendían aquella lengua rara de sus queridos compatriotas. Si los diplodocos pudieran hablar, su lengua no resultaría más difícil que ésta. Los dos se quedaron perplejos, incluso intercambiaron una sonrisa.

"Ya, manos a la obra", dijo un "diplodoco", animándose a sí mismo y escondiéndose enseguida detrás de los otros. "Manos a la obra", dijeron otros a coro, también retrocediendo. Jiayuan y Susu querían irse, pero no podían porque se encontraban cercados.

La situación había llegado a un punto muerto, y de súbito, alguien que tenía un caño en la mano preguntó:

"¿No eres tú Fan Susu?",

Ella inclinó la cabeza. "Claro que sí".

Entonces se aclaró el malentendido. "Disculpennos, pero es que últimamente los ladrones nos han asustado bastante. Dicen que en algunos edificios han ocurrido robos. No podemos menos que aumentar la vigilancia. Hay malvados. Creímos que ustedes eran..., qué chistoso. Perdonen...".

Susu reconoció vagamente en aquel joven de cabello largo a uno de sus compañeros de la escuela primaria. Ella iba dos clases más adelante. Y ahora él estaba blanco y gordo, como un pan tostado de harina de trigo “Prosperidad”, alimento que debería ser más popular en China. El joven los invitó a visitar su casa, “ya que han llegado ante mi puerta”. Susu y Jiayuan intercambiaron miradas y entraron al elevador iluminado con luces fluorescentes. Por el momento podían permanecer legalmente en el edificio. La puerta del elevador cerró. Su seguridad y su dignidad estaban protegidas otra vez. Los números arábigos se fueron encendiendo desde el 14 al 4. En el 3, el elevador se detuvo. La puerta se abrió. Salieron. Doblaron a la izquierda, luego a la derecha. La llave de cobre con varios dientes y relieves entró resueltamente en el agujero de la cerradura. En realidad, ella era la dueña. Crac, giró el picaporte..., zas, se abrió la puerta. Tac, tac, hicieron las lámparas de la sala y de la cocina al encenderse. Las paredes tan blancas y brillantes semejaban una mujer con demasiado polvo. Zas, se abrió la puerta del dormitorio iluminado con las luces azules de los faroles de la calle. Susu hubiera querido que su ex compañero de estudios no encendiera la lámpara, pero éste ya lo había hecho. “Siéntense”. Cama matrimonial, armario con espejo que alargaba las figuras, sofás cubiertos con cuero sintético color rojo, armario de cinco cajones, además, chocolate, una lata de leche en polvo y una botella de vino sin destapar. El ex compañero de Susu no cesaba de hablar y mostrar su nueva vivienda: las instalaciones, la distribución, el agua, la calefacción, el gas, la iluminación, la ventilación, las paredes a prueba de ruidos, el sistema de alarma contra incendios y sismos.

“¿Vives solo?”.

“Sí”, contestó feliz, mientras se frotaba las manos. “Mi padre me ha conseguido este departamento. El insiste en que me case. Quiero resolver este problema antes del 1o. de Mayo del año próximo. ¡Vengan ustedes a la fiesta! Un tío de un amigo mío que antes era cocinero en la embajada de Francia será el cocinero y preparará comida que combine al estilo chino y el occidental, el norteño y el sureño. Su camote caramelizado tiene hilos tan largos, que pueden dar cinco vueltas alrededor

de los palillos sin romperse. Cuando vengan no me regalen nada. No me compren muebles, ni lámpara de mesa, ni nada para la cama. Tengo todo esto”.

“¿Cómo se llama tu novia y en qué entidad trabaja?”.

“Aún no sé”.

“¿Qué? ¿Ella espera un empleo?”

“No. Digo que no he decidido aún con quién voy a casarme. Pero antes del 1o. de Mayo, de seguro tendré una novia. Sin duda alguna”.

Susu tomó un globo de la mesita de té, lo frotó fuertemente varias veces en el cuero sintético del sofá y lo soltó. El globo se quedó pegado en el techo, sin caerse. Alzó la cabeza para contemplar su juego favorito de niña.

“¡Dios mío! ¿Por qué no cae? ¿Aún no cae?”. El ex compañero de estudios se quedó atónito, con la boca abierta.

“Esto es magia”, dijo Susu, y echó una mirada a Jiayuan, mientras hacía una mueca. Luego se despidieron. El ex compañero los acompañó hasta el elevador, todavía atónito pensando en aquel globo verde pegado en el techo. Susu y Jiayuan abandonaron el edificio. Seguía nevando y lloviendo. El viento seguía soplando, pum, pum, como si alguien agitara una gran lámina plástica. ¡Qué cariñosas eran la lluvia y la nieve con ellos! No sólo caían en su rostro, sino también se les metían en el cuello.

“La culpa ha sido mía”, dijo Jiayuan con tristeza. “No tengo la capacidad de conseguirlo, y eso te hace sufrir...”. Susu tapó con la mano su boca y se echó a reír. Rió tan alegremente que ni una flor de granada sería tan abierta y franca comparada con ella.

Jiayuan la comprendió. Jiayuan también se echó a reír. Ambos comprendieron su propia felicidad. Comprendieron que la vida y el mundo les pertenecían. Las risas de los jóvenes detuvieron el viento, la lluvia y la nieve. Por encima de la ciudad habían un sol nocturno que iluminaba todo.

Susu corrió delante y Jiayuan la siguió. Los hilos de lluvia, iluminados por las luces, se veían tensos y fuertes. “Esta es la calle Dashijie, la calle Dashijie está aquí”, dijo Susu en voz alta, indicando el edificio del restaurante. “Claro, nunca lo

he dudado. Estréchame la mano. ¡Adiós! Hemos pasado una noche tan agradable”. “Adiós, mañana no nos veremos, pues tenemos que estudiar. Tenemos que pasar uno tras otro los exámenes de postgrado”. “Eso es posible. Algún día tendremos una vivienda, lo tendremos todo”. “Que duermas bien”. “¿Con qué soñaré?”. “Soñarás con una... cometa”.

¿Qué? ¿Una cometa? ¿Cómo es que Jiayuan también sabía lo de la cometa?

“Oh, ¿cómo es que tú también sabes lo de la cometa? ¿Y sabes también lo de la cola de la cometa?”.

“Ah, claro que lo sé. ¿Cómo es posible que yo no lo sepa?”.

Susu regresó corriendo, abrazó a Jiayuan y lo besó, en plena calle. Luego cada uno regresó a su casa. Al alejarse, todavía se volvían para mirarse y egiar la mano.

Traducción del chino al español:
DUAN RUOCHUAN

Corrección del español:
GUILLERMO QUARTUCCI